

ser tutores:

UNA MANERA DE MIRAR*

ANA GARCÍA-MINA FREIRE

Doctora en Psicología. Profesora
de la Universidad Pontificia Comillas
anamina@chs.upcomillas.es

D deja por un momento que tu memoria te traiga al presente a aquellos educadores y educadoras que te ayudaron a vivir. Muy probablemente, muchos los recuerdes por el cariño que te transmitieron a través de sus gestos, de la calidez de sus abrazos, de la oportunidad y mesura de sus cuidados. Son personas que sabían estar disponibles y accesibles cuando tú las necesitabas, que sabías que podías contar con ellas, que su afecto era incondicional. Otras sin embargo, las recuerdas por su capacidad de ser autoridad y por guiarte en la tarea de construir tu escala de valores. Desde la flexibilidad, la firmeza y cercanía te ayudaron a darte cuenta de que no todo vale, ni de que todo está bien; te ayudaron a comprender el sentido de los límites y la necesidad de interiorizar unas normas de conducta para poder ser en comunidad y crecer en el respeto hacia uno mismo y hacia los demás. Pero no sólo nuestro deseo y aprendizaje de vivir está gestado desde el cariño, la seguridad y la generosidad. Hay educadores que su manera de darnos futuro y esperanza fue ayudándonos a descubrir nuestra individualidad. Con sensibilidad y lucidez, como si de espejos se tratasen nos permitieron conocer nuestra verdad, acompañándonos en esa delicada labor de ir poniendo nombre a nuestras cualidades, capacidades y recursos, así como a nuestras fragilidades, déficits y carencias. Son personas que nos ayudaron a conocernos a nosotros mismos, estimulándonos para desarrollar lo mejor de nuestro ser, a la vez que nos infundían el coraje y la paciencia que conlleva asumir lo que tenemos de limitación. Pero hay educadoras, educadores que no se quedaron ahí, desde el realismo de lo que éramos nos fueron brindando ocasiones para realizar actividades, tareas, proyectos con éxito. Nos enseñaron a tomar decisiones y aceptar responsabilidades adecuadas a nuestras posibilidades, proporcionándonos los medios para que las pudiéramos hacer con eficacia. Nos dieron “tiempo y futuro” para vencer las dificultades, no nos exigían resultados imposibles ni era un drama si las cosas salían mal. Nos enseñaron a tener tolerancia a la frustración y aprender de nuestros errores e integrarlos como parte de nuestro aprendizaje.

* Este artículo está en línea con las reflexiones que sobre el tema ha elaborado la autora en otras de sus publicaciones: GARCÍA-MINA, A. (2006). *La comunicación no verbal en el aula*. En Torralba, Prieto, y García-Mina, *Profesores en forma*. Madrid, FAE, págs. 77-94; GARCÍA-MINA, A. (2007). *Esencia y condiciones del conversar*. Sal Terrae, 1.117, 95/10, págs. 821-835; GARCÍA-MINA, A. (2009). Una manera de mirar. *Catequistas*. n.º 199, págs. 21-24.

A lo largo de toda la vida, pero especialmente en la infancia y en la adolescencia, los educadores (padres, abuelos, profesores, cuidadores...) somos los principales referentes en el que los pequeños se apoyan para encontrar claves de ser. A través de nuestra forma de comportarnos y comunicarnos con ellos, decidirán si la vida merece vivirse; si ellos merecen vivirla y si los demás se merecen su confianza.



Ana García-Mina Freire.



Ternura, sensibilidad, estructura, valores, verdad, dignidad, alteridad, valía... Ha sido la herencia que nos han dejado nuestros mayores con mejor o peor acierto, pero que desde nuestro ser educadores, hoy, hemos de intentar transmitir a nuestro alumnado. Aunque a veces sentimos que apenas podemos influir en sus vidas, la realidad es que nuestra labor no es neutral, podemos ayudarles a crecer o por el contrario, convertirnos en un obstáculo para su madurez.

NUESTRA LABOR NO ES NEUTRAL

Una de las necesidades más básicas que nos vertebran como humanos es la necesidad de dar un sentido a todo lo que vivimos y somos. Nuestro equilibrio y cordura depende en gran medida de ello. Necesitamos dar un significado a lo que nos pasa, comprender quiénes son los demás y saber quiénes somos nosotros. Desde que nacemos ésta se convierte en nuestra tarea fundamental. Nuestra atención, nuestros oídos, todas nuestras capacidades estarán dedicadas a desentrañar estos dilemas, y en este proceso la familia y la escuela se convertirán en las principales fuentes de socialización.

A lo largo de toda la vida, pero especialmente en la infancia y en la adolescencia, los educadores (padres, abuelos, profesores, cuidadores...) somos los principales referentes en el que los pequeños se apoyan para encontrar claves de ser. A través de nuestra forma de comportarnos y comunicarnos con ellos, decidirán si la vida merece vivirse; si ellos merecen vivirla y si los demás se

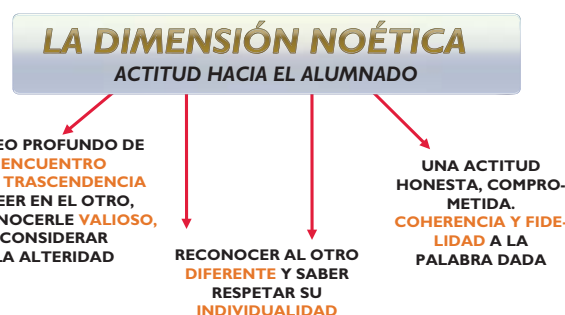
merecen su confianza. Fruto de nuestra manera de comunicarnos irán construyendo una imagen de sí mismos. Decidirán si merecen ser queridos, valiosos, interesantes. Asimismo irán elaborando una imagen del mundo: amable-hostil; confiable-peligroso; dulce-amargo..., e irán interiorizando los valores y normas que imperan en su entorno social. No es casual que psicólogos como Maslow señalen que las personas psicológicamente enfermas son aquellas que no han tenido suficientes buenas relaciones¹; o que Patterson indique que la esencia de los trastornos emocionales se deriva de una alteración de las relaciones interpersonales².

Martin Buber nos recuerda que una vida verdadera es aquella que está cuajada de "encuentros", en los que reconocemos nuestra humanidad. A través de estos, vivimos la experiencia de ser visibles psicológicamente ante otros, de convertirnos en alguien significativo, válido, competente. No hay nada peor que privar a una persona de la escucha o de la palabra, cuando así lo hacemos, dejamos de reconocerle su dignidad. "No podemos ser verdaderamente humanos, —expresa Paulo Freire—, sin comunicación... Impedir la comunicación es reducir a la gente al estatus de las cosas"³.

¹ Maslow, A. (1954). *Motivación y personalidad*. Madrid: Díaz de Santos, 1991, pág. 154.

² Patterson, C.H. (1974). *Teorías de counseling y psicoterapia*. Bilbao: DDB, 1978, pág. 633.

³ Freire, P. (1970). *Pedagogy of the Opressed*. New York: Herder and Herder, pág. 123.





Para vivir, todos necesitamos sentirnos vitalmente conectados a otros. Necesitamos ser mirados, atendidos, escuchados y también poder mirar, atender y escuchar a los demás. Y en este diálogo, para nuestros alumnos no somos un interlocutor más. Transmitimos mucho más de lo que enseñamos y nuestros alumnos aprenden mucho más de nosotros de lo que decimos⁴. Nuestra manera de estar, de hacer, de ser no es irrelevante, crea sentidos de identidad.

Nuestros alumnos nos miran para construirse y crecer por dentro ¿Qué encuentran en nuestra mirada? ¿Qué imagen de sí mismo y de ti mismo le transmites? ¿Tu mirar es un espejo en el que los demás pueden verse con verdad?

SABER MIRAR

Cuando llegamos a este punto: “buscar saber”, solemos caer en el error de poner toda nuestra confianza y esfuerzo en el entrenamiento de una serie de competencias y estrategias de comportamiento. Si bien, estos aprendizajes son muy necesarios, sin embargo no son suficientes.

⁴ Morales, P. (1998). *La relación Profesor-Alumno en el aula*. Madrid: PPC.

Educar es un proceso complejo que exige de nosotros no sólo ser hábiles en un conjunto de didácticas de aprendizaje y de estrategias de comunicación; éstas de poco servirían si no se asientan en una serie de actitudes básicas que nacen de la dimensión noética de nuestro ser.

Al igual que en la ciencia —señala Einstein—, es la teoría la que determina lo que podemos observar; en las relaciones humanas es la dimensión noética la que puede convertirnos en personas capaces de ser encuentro con los otros. En esta dimensión existencial se fragua las condiciones básicas que hacen que nuestra presencia sea experiencia de vida.

Mirar no se reduce a un mero intercambio visual, no es algo natural y automático como el hecho de ver; es un proceso esencialmente volitivo. Una persona se siente mirada cuando percibe del otro interés, atención, autenticidad.

Salvo que tengamos problemas físicos, lo de ver no es complicado, sin embargo mirar sí que nos complica la vida, ya que a diferencia de ver, mirar es ante todo un continuo ejercicio de libertad, generosidad y compromiso. Nos exige salir de nosotros mismos, decidir si el otro merece nuestra atención y arriesgarnos a ser transformados por aquello que percibimos.

Ágora de profesores

“Somos seres de palabras y somos también seres de silencios. En nuestro mundo hemos empequeñecido el don de la palabra, las palabras tienen poco valor, y por eso necesitamos volver a recibir las en el silencio, porque sólo el silencio restaura la integridad de nuestras palabras (...) Necesitamos recibir palabras que toquen nuestras superficies endurecidas y nos liberen de tantas ataduras que no nos dejan respirar con hondura, ni mirar compasivamente, ni considerar la belleza de la diversidad y la diferencia. También nosotros buscamos personas que puedan decirnos palabras para vivir y somos urgidos a entregar a los otros palabras de vida”¹.

Expresaba Juan Ramón Jiménez “No corras, ve despacio, que adonde tienes que ir es a ti mismo”². Difícilmente nuestros encuentros en el aula, familia, amistades, sociedad..., serán significativos y experiencia de vida si no cultivamos nuestra interioridad. Necesitamos momentos de soledad en los que estar con uno mismo y en silencio, reconocer qué es lo que da solidez a nuestra vida, en dónde invertimos nuestro ser y cómo vamos relacionándonos con los demás. Para que nuestras palabras nombren nuestra verdad, necesitamos silencios en los que hacernos preguntas significativas y espacios de soledad en los que integrar lo vivido.

Cuestiones para reflexión-acción:

- ¿Qué impresiones te ha producido la lectura del artículo?
- ¿Has encontrado alguna inspiración concreta para mejorar tu labor como tutor?
- ¿Te encuentras satisfecho con tu labor como tutor? ¿Qué es lo que más te preocupa?
- Comparte tus ideas y propuestas con los compañeros de tu equipo docente. Fuente: Leslie Greemberg.

¹ LÓPEZ VILLANUEVA, M. RSCJ. (2009). *Mirar por otros. Historias de sabiduría y sanación*. Santander: Sal Terrae, 2009, págs. 30-31.
² JIMÉNEZ, J. R. (1918). *Eternidades*. Madrid: Lit. A de Angel Alcoy, p. 55.



Como expresaba anteriormente, mirar es un proceso esencialmente volitivo, nace fundamentalmente de la dimensión noética de nuestro ser⁵; de nuestro deseo de abrirnos a la experiencia del otro y arriesgarnos a vivir y ser alteridad. Educar nos sitúa ante una lógica que nos trasciende.

UNA APUESTA POR EL OTRO

¿Qué es para ti educar? ¿Instruyes o buscas que el otro aprenda a aprender? ¿Apuestas por una educación integral? ¿Quiénes son los alumnos para ti? ¿Crees en sus capacidades? ¿Les reconoces valiosos, respetas su individualidad? ¿Qué valor das a la comunidad educativa? ¿Crees en el trabajo en red y en la responsabilidad compartida? ¿Sabes colaborar en equipo? ¿Cómo te ves a ti mismo? ¿En qué fundamentas tu vida? ¿Si tuvieras que elegir tres palabras para describir tu estilo como educador cuáles serían? ¿Qué aprenden de ti los alumnos? ¿Te dejas interpelar por ellos? ¿Qué les transmites desde tu manera de hacer y de ser? ¿Cómo les estás ayudando a vivir?

Expresa Wheatly⁶, experta en comunicación, que para cambiar las cosas no se requiere que todos tengamos las mismas respuestas, pero sí que estemos dispuestos a hacernos las mismas preguntas. A veces vivimos tan deprisa que apenas reparamos en preguntarnos por el sentido de nuestra vocación docente y nuestra manera de llevarla a cabo. Rollo May define la libertad humana como “la capacidad para hacer una pausa entre el estímulo y la respuesta”⁷. En nuestra labor como educadores, es fun-

damental que de vez en cuando hagamos esta pausa para reflexionar sobre nuestro día a día en el aula.

Necesitamos estos ratos de interiorización no sólo para hacernos conscientes y presentes en las palabras que pronunciamos, también los necesitamos para poder ir dando solidez y sentido a nuestros días. Como expresa Paulo Freire, nadie educa a nadie sino que todos nos educamos mutuamente.

EL AULA COMO ESPACIO DE MADUREZ

Como veíamos al inicio de esta reflexión, para transitar por la vida necesitamos “horizontes de sentido” y “ternura”. Necesitamos mapas que orienten nuestro caminar, y cariño y reconocimiento que nos animen a arriesgarnos a vivir. Sin este espacio difícilmente lograríamos “ser”.

Junto con la familia, en la escuela desarrollamos los aprendizajes vitales fundamentales: asentamos las bases de nuestra seguridad vital, construimos nuestro primer concepto del mundo y de nosotros mismos, decidimos si somos valiosos y competentes, elaboramos una escala de valores con la que encauzar nuestro comportamiento, y aprendemos las estrategias y los códigos de la vida social.

Expresa Buber: “Cuando venimos de un camino y encontramos a un ser humano que llega hacia nosotros y que también venía de un camino, nosotros conocemos solamente nuestra parte del camino, no la suya, pues la suya la vivimos en el encuentro”⁸. Educar lleva inherente este reto, esta fortuna, este compromiso. Ojalá que las personas que nos “encontremos”, al escucharnos, crean, creyendo, esperen, y esperando, amen¹⁰. ■

⁸ FREIRE, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo Veintiuno Editores.

⁹ Citado por Díaz, C. (2001). La intencionalidad tú-yo. *NOUS. Boletín de logoterapia y análisis existencial*. (5), págs. 77-99.

¹⁰ Citado por S. M. Insunza (1994). *Un alma sola*. *Federación Agustiniana Española*, 1, pág.15.

Para saber más

- BISQUERRA, R. (2009). *Psicopedagogía de las emociones*. Madrid: Síntesis.
- BERMEJO, J. C., y RIBOT, P. (2007). *La relación de ayuda en el ámbito educativo*. Santander: Sal Terrae.
- LÓPEZ VILLANUEVA, M. (2009). *Mirar por otros. Historias de sabiduría y sanación*. Santander: Sal Terrae.

⁵ “La dimensión noética representa la dimensión más noble y trascendente de la persona y la define en su núcleo más profundo. Es el término que utiliza V. Franck y la logoterapia. Sus manifestaciones principales son los valores superiores, la libertad, la responsabilidad personal, el amor, el sentido existencial, la auto-trascendencia”. MADRID, J. (2005). *Los procesos de relación de ayuda*. Bilbao: DDB, pág. 64.

⁶ WHEATLY, M. (2004). *El pico del Quetzal. Sencillas conversaciones para establecer la esperanza en el futuro*. Bilbao: DDB, Serendipity, pág. 59.

⁷ MAY, R. (1988). *Libertad y destino en psicoterapia*, DDB, pág. 54.